

MANUEL GARCIA BLANCO

Supongo que el penoso honor de dirigiros hoy la palabra se me ha concedido porque, al no tener entre nosotros al Doctor don Manuel García Blanco, soy yo el más antiguo de los que desempeñan igual cátedra que la suya; por haber enseñado como encargado de curso —hace ya más de veinte años— en esta Universidad; y por la estrecha amistad que me unía a nuestro llorado compañero.

Mi trato con él no había pasado de la mera relación profesional hasta que durante la primavera de 1936 coincidimos en la Universidad de Barcelona, enviados por las de Salamanca y Madrid para reforzar las enseñanzas de filología y literatura españolas. Nuestra amistad germinó bajo una común experiencia aleccionadora. Ibamos deseosos de mirar con ojos limpios la auténtica realidad de Cataluña, ansiosos de entenderla y amarla. Y la "terra aspra" de Maragall no lo fue para nosotros: los estudiantes barceloneses respondieron con noble cordialidad a nuestro afán comprensivo, y se interesaron, sin prejuicios, por la lengua y creaciones literarias castellanas. Después, cuando en 1942 diversos azares me trajeron a Salamanca, encontré aquí por unos años el remanso de paz, el "portus quietis" que necesitaba. Lo encontré gracias a dos cosas: los brazos abiertos de unos pocos amigos y la biblioteca del Seminario Románico de esta Facultad. García Blanco, César Real de la Riva y Antonio Tovar hicieron que el Decano, don José María Ramos Loscertales, me confiara un curso de Fonética e introducción a la lingüística histórica. Lo di, junto con algún otro, hasta 1946, y supuso para mí el mantenimiento de la vocación universitaria, el estímulo para buscar horizontes teóricos nuevos, la punzante necesidad de superación. La biblioteca del Seminario, reunida con solicitud constante por García Blanco, tenía completas sus colecciones de revistas y estaba todo lo al día que era posible mientras las ciudades de Europa ardían en la segunda guerra mundial. En esos años difíciles la acogida de García Blanco en la Facultad y en su casa selló definitivamente nuestra amistad con lazos que hoy, ausente él, son por mi parte dolorida gratitud.

Perdonad esta expansión inevitable. Ya sé que no he venido para hablaros de mi deuda cordial con el amigo, sino de las tareas que llevó a cabo como filólogo. Paso, pues, a tratar de ellas. Iniciado García Blanco en las disciplinas lingüísticas por don Miguel de Unamuno en Salamanca y don Ramón Menéndez Pidal en Madrid, amplió su formación en Ale-

mania con las enseñanzas de otros dos grandes maestros, Meyer-Lübke y Vossler. Representaba Meyer-Lübke el sólido legado que la escuela de los neogramáticos dejaba a la investigación posterior: fundamentalmente, el conocimiento de la evolución de las lenguas románicas en los procesos obedientes a las tendencias que —con regularidad, al parecer, ciega— han ido modelando cada una en el correr de los tiempos; edificio sostenido por una técnica rigurosa, poco amiga de la fantasía. Vossler, por el contrario, significaba intuición genial, renovación espiritualista, atención a los elementos creadores del lenguaje, conexión de los estudios lingüísticos con los literarios. El consejo que entonces se solía dar a los neófitos era que reuniesen sus datos con el exhaustivo escrúpulo de un positivista y los vivificasen con la interpretación del idealismo vossleriano. García Blanco adquirió el dominio de la metodología positivista, imprescindible en toda labor lingüística seria, y asimiló cumplidamente el impulso elevador venido de Vossler. Las traducciones de la *Carta hispánica* y de otros ensayos donde el gran romanista muniqués daba su sorprendente visión de la literatura española muestran la atracción que el magisterio de Vossler ejerció sobre García Blanco. Pero la etapa alemana no borró la primera formación española: durante ésta, en 1926, habían aparecido los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal, obra asombrosa donde el más riguroso acopio de materiales lingüísticos se iluminaba hasta convertirse en profunda interpretación histórica de toda una época. Menéndez Pidal y su escuela del Centro de Estudios Históricos aunaban, como Vossler, el cultivo de la lingüística con el de la historia literaria. Así, pues, Alemania no supuso para García Blanco desvío de lo aprendido en España, sino ensanchamiento y corroboración. Dirigida por Menéndez Pidal, la tesis doctoral de García Blanco sobre los *Dialectalismos leoneses de un código del Fuero Juzgo* (1927) aportó ya un caudal de noticias que ningún estudioso de las hablas leonesas debe desconocer.

Ganada por oposición la cátedra de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de La Laguna en 1933, pasó por traslado a la de Historia de la Lengua Española de la Universidad de Salamanca, vacante por jubilación de don Miguel de Unamuno. En esta cátedra desarrolló durante más de treinta años una labor fecundísima. La Facultad salmantina de 1935 —o diez años más tarde, la que yo viví— era todavía un centro de matrícula no excesiva, donde la relación entre profesores y alumnos no se había despersonalizado. Creo que sigue siendo así, y pido a Dios que por muchos años la conserve libre de masificación. Don Manuel, humanísimo maestro de humanidades, no se limitó nunca a las clases, dadas por él puntualmente, con dignidad y saber. Era además el gran orientador de sus estudiantes, siempre al día, enterado de cuantas novedades aparecían en el hispanismo de aquende y allende nuestras fronteras; y no para aceptar sin examen las innovaciones, sino para someterlas a criba y utilizar lo aprovechable. También quienes estábamos ya muy lejos de la edad

escolar recibimos valiosa información de la *Bibliografía de estudios lingüísticos publicados en España* (1939-46), que reunió en colaboración con Antonio Tovar, y de los *Análisis de Revistas* que dio en la de Filología Española entre 1951 y 1955. El ilustre Decano de esta Facultad, don Fernando Lázaro, ha puesto de relieve con gran justicia la importancia que el magisterio de García Blanco en Salamanca, juntamente con el de Dámaso Alonso en Madrid, tuvieron para que a las generaciones españolas de nuestra postguerra llegase, enriquecida, la tradición del saber filológico.

Pero la actividad docente, la incesante lectura y la creciente atracción que sobre García Blanco tuvieron los estudios en torno a la figura de Unamuno, no le impidieron llevar a cabo importante investigación personal en el campo de la lingüística española. Recordemos en primer lugar sus artículos de tema léxico, cuyo interés rebasa el de las meras cuestiones etimológicas o semánticas: a propósito de *falifa* y *falifo* el autor nos hace ver la extraña perduración de este arabismo en un área leonesa especialmente aislada y arcaizante, en relación con ciertas manifestaciones de devoción muy peculiares; en otro estudio, el método de palabras y cosas explica, según usos del siglo XX, aquellos a que Juan Ruiz se refiere cuando describe ante la serrana lerda sus propias habilidades pastoriles: "sé mazar e fazer natas / e fazer el *odrezillo*"; y las notas sobre *respendar* y *alaroça* aclaran sendos pasajes del *Cancionero de Baena*, que se proponía editar. No llegó a dar los últimos retoques al difícil texto de esta compilación, pero reunió abundantes materiales para establecerlo y anotarlos.

La onomástica y la toponimia ocuparon también la atención de nuestro colega, que dedicó dos sabios artículos a los nombres geográficos altoaragoneses del siglo XI; uno a los salmantinos *Sanmorales* y *La Flecha*, deformados por etimología popular sobre los originarios *Salmorales* y *La Frecha* (que a su vez proceden de los latinos *sale muria* y *fracta* respectivamente); y otros dos a presentar en su conjunto la aportación de Menéndez Pidal a las ciencias onomásticas, recordar la obra de antiguos investigadores olvidados y reunir información bibliográfica. Pero su estudio sobresaliente en estos dominios es la comunicación que presentó en 1963 al Congreso "Presente y Futuro de la Lengua Española", titulada "*Nombres de lugar en España y América*": muy rico en noticias, plantea cuestiones fundamentales en forma inteligente y sugestiva. Especial interés tienen los párrafos relativos a la difusión que el nombre de Salamanca tuvo en tierras americanas, y a las transformaciones semánticas que allí experimentó: la leyenda de la famosa cueva salmantina fue el punto de partida para que el topónimo se convirtiese en apelativo y tomase en el Río de la Plata los sentidos de 'hechicería', 'cueva de hechiceros', 'morada de maleantes'; en Chile el de simple 'cueva natural'; en Paraguay, el de 'zanja profunda'; en Filipinas, por último, el de 'juego de manos', máxima degradación de la brujería.

La historia de la literatura medieval española debe a García Blanco importantes contribuciones: en *La originalidad del Libro de Apolonio* analiza las adiciones y supresiones del texto español respecto a sus fuentes latinas, puntualiza los motivos a que obedecen y señala cómo la novela pagana que sirvió de modelo se transformó en un poema donde los personajes principales actúan según las normas de la caballería y el sentimiento cristiano propios de la Edad Media. En *Pedro Amigo, trovador del siglo XIII* identifica al poeta de los cancioneros gallego-portugueses con un canónigo de la catedral salmantina, que en su testamento, otorgado en 1302, deja su vihuela al juglar Pedro Loçano, a condición de que rece un padrenuestro por el alma del testador cada día que la tañe. También se vincula a Salamanca la figura de don Alonso de Paradinas, colegial de San Bartolomé y copista del *Libro de Buen Amor*, en cuya copia dejó abundantes muestras de su propio dialectalismo leonés; el colegial había de ser, andando el tiempo, arcediano de Ledesma, obispo de Ciudad Rodrigo y fundador de la iglesia romana de Santiago, aunque esté enterrado en la de Montserrat, también de Roma. Al *Cancionero de Baena* se refieren dos estudios muy atractivos: *El elogio de ciudad en la lírica de los cancioneros*, sobre las repetidas alabanzas de Villasandino a Sevilla, y *Un Narciso medieval*, fino comentario al delicioso poema que Fernán Pérez de Guzmán dirigió a la casi niña Leonor de los Paños. En *Juan del Encina como poeta lírico* presenta en sus diversos aspectos el Cancionero del poeta, con muy certera visión de sus peculiaridades. En *La casa de Nebrija en Salamanca* precisa el lugar donde habitó el renovador de los estudios clásicos en España y nos descubre a éste autorizado para poner "tienda de libros", actividad de Nebrija ignorada por la erudición hasta el hallazgo documental publicado por García Blanco. Por último *El Romancero*, capítulo de la *Historia de las Literaturas Hispánicas*, es modelo de exposición condensada, en la que no falta ninguna faceta esencial del amplio tema y en la que, por otra parte, no se omite ninguno de los puntos en discusión. Estos estudios de Literatura medieval responden a la técnica tradicional en cuanto a la minuciosidad de los cotejos o el testimonio abundante de las escrituras notariales; pero la sensibilidad del autor capta el rasgo significativo y lo entresaca hasta de los renglones de los documentos; ejemplo característico es el de esa vihuela legada por el clérigo trovador. Buen conocedor de la literatura de hogaño, García Blanco no la olvida en sus glosas a la de antaño: el Narciso de Fernán Pérez le recuerda el de una canción de Federico García Lorca; y el estudio del Romancero se extiende hasta sus derivaciones en criaturas literarias de nuestros días, como *El Conde Alarcos* de Jacinto Grau o los romances de Lorca y Villalón.

El historiador de la literatura y el maestro de historia lingüística unen sus saberes en la admirable conferencia sobre *La lengua española en la época de Carlos V*, donde la visión panorámica no impide que la atención

se detenga en los problemas especiales tocantes a Guevara, el *Lazarillo*, Juan de Valdés, apologistas del idioma como Ambrosio de Morales y gramáticos como Ulloa.

Lo dicho bastará para mostrar, aunque torpemente, que lloramos una pérdida irreparable no sólo nuestra, sino de la filología española. Aquí termina mi cometido. Otras voces mejores os hablarán de García Blanco como investigador de letras más cercanas, como hombre y como amigo. Permitidme sólo recordar ahora cómo la misma generosidad con que tendía su mano cordial a los vivientes, movió su pluma para escribir bellas necrologías de los que nos fueron dejando: Vossler, Entwistle, Amado Alonso, Sir Henry Thomas... Que la evocación de su ejemplo enriquezca el pobre homenaje que con dolor no consolado he ofrecido a su memoria.

RAFAEL LAPESA